18

EL CONDE DEL MURO,

DRAMA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ JACKSON VEYAN.

Representado con extraordinario aplauso en el Teatro Romea el 18 de Noviembre de 1873.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1873.

73643

PERSONAJES.	ACTORES.
BLANCA.....	Sra. Buzon.
ALBERTO.....	Sr. Domingo.
ANDRÉS.....	Escribano.
BARON.....	Molina.
ANTON.....	Balada.
UN OFICIAL.....	Baldomero.

La accion se supone en Laredo.—Reinado de Felipe V.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una especie de patio con pallzada al foro; por donde se ve monte practicable. Casa rústica á la izquierda con ventana y puerta. Al pie de la ventana macetas con flores. Árbol y banco; peñasco á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Aparece ANTON al fero con una piedra en la mano, y como hablando con alguno.

Pues yo te digo y repito
que si otra vez me lo encuentro
escarbando las arvejas,
de un peñascazo lo entuerto.
¡Á él, y á toda su casta! (Pausa.)
¿Sí? Pues dile al cocinero
que le guise un lechoncillo
si no le gustan los huesos. (Pausa.)
¿Que soy bruto?... Ya lo sé:
tampoco otra falta tengo.
(Tira la piedra y baja al foro.)
Siempre me han de interrumpir
cuando á solas me divierto.
Seis años hace que estoy
sopla que sopla, y no puedo
por más que soplo, soplar

más soplido que el comienzo.
(Cogiendo la flauta que habrá sobre el banco)
El que era un gran soplaor
de flauta... vaya, era Alberto.
¿Cómo era lo que tocaba?...
A ver; á ver si me acuerdo.
(Toca sentado en el banco.)

ESCENA II.

ANTON y BLANCA, que sale puerta izquierda.

BLANCA. ¡Anton! (Reconviniéndole.)
ANTON. ¡Ay! Se me olvidó.
BLANCA. Otra vez!...
ANTON. No vuelvo á hacerlo.
BLANCA. Mil veces te he repetido...
ANTON. Si lo sé... Soy un zopenco!
BLANCA. Que no quiero que me traigas
á la mente ese recuerdo
que me entristece.
ANTON. Perdona.
No lo haré mas; lo prometo.
BLANCA. ¿Con quién disputabas ántes?
ANTON. Con ese perruco feo
del Castillo, que sin duda
está mal con su pellejo.
BLANCA. Qué me dices?
ANTON. La verdad.
BLANCA. Disputabas con un perro?
ANTON. Con un perro que destroza
todo lo que hay en el huerto.
Y si fuéra más bonito,
entónces del mal el ménos,
pero si tiene una cara
que es el retrato prefecto
de Judas... Como su amo.
BLANCA. Anton...
ANTON. Digo lo que siento.
BLANCA. Calla...
ANTON. No quiero callar,
que ya estoy hasta los pelos

del perruco y del Baron:
de ese tío tan soberbio,
y tan orgulloso, y tan...
¡Pues conmigo...

BLANCA. Anton, silencio!

ANTON. Y dale con que me calle!

BLANCA. No ves que de él dependemos?

ANTON. Yo no dependo de nadie
más que de Dios y del viejo
que te ha dado á luz...

BLANCA. Anton...

ANTON. Si vieras tú los deseos
que tengo porque al Baron
lo manden á los infiernos,
y que venga el otro... ese
Conde de... nunca me acuerdo.

BLANCA. El Conde del Muro.

ANTON. Sí.
Yo no sé por qué sospecho
que debe ser un señor...
un señor, vamos, más reuto.

BLANCA. ¿De qué lo infieres?..

ANTON. ¿De qué?
Toma: de que ese á lo ménos
dicen que es valiente. Vaya,
y es el ojito derecho
del rey... conque ya ves tú.
Cuando venga, lo primero
que le pido, es que me haga
guardabosque; así tendremos
en casa al señor Andrés,
que ya no pué con el peso
del arcabuz. Él en casa
y yo á trepar por los cerros.

BLANCA. Mi padre tiene ese cargo,
sin duda por el respeto
á sus pasados servicios.
Ademas en este puesto,
cerca de la fortaleza,
es comprometido.

ANTON. Bueno,
por eso lo quiero yo.

Así verán en Laredo
quién es Anton Chupaguindas;
porque yo soy un borrego:
me pisan y no hago caso;
vuelven á pisarme, y quieto;
mas que no me pisen mucho,
porque lo que es en diciendo
po aquí meto la cabeza,
no hay más... por allí la meto.
En fin, montañés y basta.

BLANCA. ¿Los soldados que estuvieron
ayer hablando contigo,
no saben nada de Alberto?

ANTON. Ni tampoco una palabra.

BLANCA. Conque no?...

ANTON. Nada, ni esto.

BLANCA. Tal vez haya perecido...

ANTON. Perecer él?... Sí, al momento.
Iba el muchacho á morirse
sin escribírselo al pueblo.
Ademas, ya recibistes
carta suya.

BLANCA. Hace ya tiempo.
Esta es la última. (Saca la carta.)

ANTON. ¡Ya, ya!...

BLANCA. Siempre sobre mí la llevo.
Ella calma mis afanes:
ella mitiga mi duelo,
pues parece que al leerla
hablo con él.

ANTON. Ya lo creo,
como que está... de lo lindo.
No, si el muchacho era lerdo.
Como yo; se me parece
como una castaña á un huevo.
¿Por qué seré yo tan bruto?
Pero ahora que lo recuerdo,
la tardecilla va entrando
y Andrés no parece.

BLANCA. Es cierto.
Tarda mi padre, es verdad.

ANTON. Si le ha salido un conejo

y él se ha empeñado en matarle,
como le estorba ya el peso
de los años... Voy á ver
si por suerte le tropiezo.

BLANCA. Sí, Anton.

ANTON. Cogeré el pedrusco
por si es que me sale el perro.
(Váse foro izquierda.)

ESCENA III.

BLANCA.

¡Alberto!... Alberto mio!
Iman de mis pensamientos,
¿por qué tu voz no responde
á los ayes de mi pecho?...
Esta es su carta. Estoy sola:
bien puedo imprimirla un beso
sin que el rubor me lo impida.
¡Dios mio, cuánto le quiero!
un consuelo á mi quebranto
leyendo su carta encuentro.
(Abre la carta y lee.)
«Al ronco son del tambor
»y del bélico clamor
»que por los aires resuena,
»quiero describir mi pena...
»quiero pintarte mi amor.
»Ni aun en estos campos rojos
»con los humanos despojos
»calmar mi dolor consigo...
»El fuego del enemigo
»me recuerda el de tus ojos.
»Y el humo que se dilata,
»y en mil grupos se desata
»subiendo á la azul esfera,
»sólo tu faz hechicera
»en sus dibujos retrata.
»Ausente de tu pasion
»por una grata ilusion
»siempre á mi lado te encuentro,

»que llevo tu imágen dentro
»de mi mismo corazon.
»Cuando de tí me alejaba,
»más mi cariño crecia;
»más mi dolor suspiraba,
»y mi desgracia lloraba
»y mis quejas repetia;
»mas tanto fué mi pesar,
»que ya no hay en mi sufrir
»ni suspiros que exhalar,
»ni lágrimas que llorar,
»ni quejas que repetir.
»Y al mirar un cuerpo inerte,
»exclamo... La negra muerte
»ha cortado su quebranto;
»y en vez de inspirarme espanto,
»tengo envidia de su suerte.
»Adios: ya el clarin se escucha
»que presagia nueva lucha...
»Consuela tus sinsabores!...
»¡Si muchos son tus dolores,
»tambien mi ansiedad es mucha.
»Adios: desde mi retiro
»un suspiro en raudo giro
»mi triste pecho te envia...
»¡Quién sabe si este, alma mia,
»será mi último suspiro!»
¿Tu último suspiro?... No;
porque tu aliento es mi aliento,
y yo existir no pudiera,
mi bien, si hubieras tú muerto.
¿Y aún habrá quién te dispute
mi cariño?... Vano empeño.
Ese Baron orgulloso
que de mi virtud en premio
hoy me ofrece un corazon
que pertenece á otro dueño.
¡Oh, poder de los tiranos!...
Altivez de los soberbios;
¿todo lo podeis?... mentira.
Aún cuando rasgueis mi pecho
en busca de ese cariño,

no lo hallareis; lo prometo;
que amor es hijo del alma,
y el alma es hija del cielo.
¡Mi padre!... Si él lo supiera...
¡Sólo de pensarlo tiemblo!

ESCENA IV.

BLANCA, ANDRÉS y ANTON, por el foro de la izquierda.

ANTON. Qué tal?... No lo dije yo?...
Si no acudo, rueda el cerro.
BLANCA. Padre!...
ANDRES. Mentira, hija mia.
Anton es un majadero
que no sabe lo que dice.
Bajaba con paso incierto
por lo angosto de la senda.
¿Si creerás tú que mis huesos
están tan débiles ya
que no pueden con mi cuerpo?
Estos mozuelos de hoy
se figuran que los viejos
no servimos para nada.
Pues te equivocas; yo tengo
la fuerza que necesito,
y aunque ya torpes mis remos,
lo que es arcabuz en mano
no envidio á nadio en Laredo.
Algo había de quedarme
de aquellos pasados tiempos
en que luché por la patria.
BLANCA. Sí; con el padre de Alberto.
ANDRES. Milagro que no salia
á relucir el mancebo.
BLANCA. Yo...
ANDRES. No creas que te riño:
ya sabes tú que le quiero.
Yo le recogí al morir
su padre...
ANTON. Pos ya lo creo.
Como que era un guapo chico,

y lo será si no ha muerto.
Valiente, honrado y cabal...
¡Como en la montaña semos!
¡Lástima que se marchase!

ANDRES. Inútil fué detenerlo;
sediento de honor y gloria
partió á Flandes con los tercios.
Hoy hace seis años justos.

BLANCA. Seis años que no le vemos
y uno sin tener noticias...

ANDRES. Hoy encontré á un compañero
antiguo que de la guerra
hace muy poco que ha vuelto.
Le he preguntado por él...

BLANCA. ¿Y le ha visto?...

ANDRES. Ni por pienso.
Sólo me ha dicho que el Conde
del Muro llegará presto
á relevar al Baron.

ANTON. Á ese tio?... Pues me alegro.

BLANCA. (Ojalá que pronto sea!)

ANTON. De fijo que ganaremos.
¿Y quién será el señor Conde?

ANDRES. Es un bizarro mancebo,
cuyo título y honores
debe á su brazo de hierro.
En un reñido combate
contra el aliado ejército
de ingleses y de alemanes
en los estados flamencos,
las tropas del rey Felipe,
que replegar se tuvieron,
porque un castillo gigante
los diezmaba con su fuego:
pues bien, él con los soldados
que seguirle no temieron
asaltó la fortaleza,
y en sus muros el primero
hizo ondear la bandera
de su bravo regimiento.
El rey don Felipe quinto,
para premiar su denuedo,

Conde del Muro nombróle,
y capitan de sus tercios.

ANTON. Pues aún bizo poco el rey,
que á ser yo, le hubiera hecho
general... primer ministro...
ó arzobispo por lo ménos.

ANDRES. Quiera Dios que Alberto vuelva
como él de gloria cubierto.

BLANCA. Pronto será, si la Vírgen
no desatiende mis ruegos.

ANTON. Aquí viene ese demonio!...

ANDRES. ¿Quién?...

ANTON. El Baron.

BLANCA. (¡Dios eterno!)

ESCENA V.

LOS MISMOS, el BARON, foro izquierda, con pliego. Vestirá con exagerada elegancia.

BARON. (Ella... á solas quiero hablarla.)

BLANCA. (Su mirada me intimida.)

BARON. Guárdeos Dios. (Bajando.)
¿Á qué debemos

ANDRES. el honor de tal visita?...

ANTON. (Aunque no hubiera venido,
poca falta nos hacía.)

BARON. Pasé... y al verle de vuelta,
recordé... que me precisa
entregar este despacho. (Lo saca.)

BLANCA. Anton puede...

BARON. Hermosa niña;
es delicado el asunto,
y Anton...

ANTON. ¡Vaya una salida!
¿Acaso soy yo tan bruto?

ANDRES. Calla. Pues en mí confía,
parto al punto.

BARON. Tomad pues.

ANDRES. Pronto vuelvo: adios. (Vase.)

BLANCA. (Me inspira
miedo este hombre.)

BARON. (Por fin
conseguí lo que quería.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ménos ANDRÉS.

BARON. Hermosas flores teneis,
y su beldad no me admira...
Con tan bella jardinera
por fuerza que han de ser lindas.
ANTON. (Pues; ya empiezan los piropos
diarios de todos los dias.)
BLANCA. Esas frases me sonrojan
y yo no debo de oirlas.
BARON. Siempre el desden... Oye, Anton.
ANTON. (Me cayó la casa encima.)
¿Qué se ofrece?
BARON. Que me estorbas.
ANTON. (La indirecta ha sido fina!)
Es que yo, si estoy aquí,
es...
BARON. Obedece y no insistas!
ANTON. (Es claro, el que manda, manda.
Cuándo cambiaré de vida
para que ningun farsante
me avasalle!)
BARON. Qué replicas?...
ANTON. Ná... que me voy!
BLANCA. (Ap. á Anton.) (No te alejes.)
ANTON. (Yo no los pierdo de vista,
y si acaso se desmanda,
ya lo sabes tú, me gritas,
y sin andarme en rodeos
lo desnuco de una piña!)
(Váse por el foro derecha.)

ESCENA VII.

BLANCA y el BARON.

BARON. (Pronto debo ya partir:

mi relevo se aproxima,
y no es cosa de perder
tan apreciable conquista!)
Y bien, hermosa aldeana,
por qué mi pasion esquivas,
cuando con ella te ofrezco
mi fortuna?...

BLANCA. No prosiga,
y guarde tales lisonjas
para su esposa.

BARON. Deliras.
El divorcio nos separa;
ningun afecto nos liga.
Mi esposa... pasion vulgar
á quien tu beldad domina.
¡Tú eres la sola ilusion
que mis pesares mitiga,
y por un sí de tu boca
alma y corazon daría!

BLANCA. Á la que honrada ha nacido
en vano ese amor le brinda.
Mi corazon, ya os lo dije,
por otro dueño suspira.

BARON. ¿Y qué esperas de ese amor
que tan larga ausencia enfria?

BLANCA. ¡Aunque lejos de mi lado
en mi pensamiento habita;
y si en la guerra muriese,
siempre de su amor cautiva,
volaré en pos de mi anhelo
con la esperanza por guia,
y vivirán en la gloria
nuestras dos almas unidas!

BARON. Alberto... un simple soldado.

BLANCA. No lo sé... pero no insista.
Nada me importa su clase,
que el oro no me alucina...
¡Yo le quiero, y el amor
no repara en gerarquias!

BARON. ¿Y no sabes, desgraciada,
lo que puede mi valia?...
¿No sabes que si desprecias

esta pasion que me inspiras,
puede llegar mi venganza
á donde tú no imaginas?...

BLANCA. Sé que podeis arrojarnos
de esta morada tranquila,
donde la honradez se alberga,
y no cabe la perfidia!...
¡Sé, que podeis anublar
el cielo de nuestra dicha,
y sé que en nada repara
vuestra ambicion desmedida,
mas no espereis que por miedo
á vuestra pasion me rinda,
que nunca falta un amparo
al que por el bien camina.

BARON. De todo seré capaz
si á ello tu desden me obliga.
Piensa pues con más cordura
lo que mi lengua te dicta...
¡Con mi pasion, tu fortuna!...
¡Con mi rencor, tu desdicha!
Pronto volveré, y espero
tu decision... (Yéndose.)

BLANCA. Es sabida.

BARON. ¡Negra suerte te amenaza!...

BLANCA. ¡La pobreza no mancilla!

BARON. ¡Ay, si la virtud te vence!...
(Váse por el foro derecha.)

BLANCA. ¡Ay, si la maldad os guía!

ESCENA VIII.

BLANCA sola.

Mi padre, viejo y honrado,
el objeto no adivina
que aquí conduce al Baron,
y ningun temor le inspira!...
Dios protege la inocencia...
¡En él mi pecho confia!
¡Ay, Alberto!... De mi lado
te arrancó la suerte inícua!...

que si tu amor me escudase
al Baron no temería.
¡Acaso jamás le vea!...
Acaso en lejanos climas
murió... ¡Madre de mi alma!
Velad!... Velad por su vida,
que él es el único faro
que mi esperanza ilumina.
¡Tened piedad de mi pena!...
¡Volvédmele, Vírgen mia!
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA IX.

ALBERTO.

Pausa.—La escena queda un momento sola.—Orquesta preludia, muy piano, el mismo recuerdo que toca despues Alberto.—Aparece Alberto en lo alto del monte izquierda, y va bajando pausadamente. Cesa la música.

¡Llegué!... Mi afan no se engaña
al suspirar satisfécho...
Nada mi ventura empaña...
¡Por fin respira mi pecho
el aire de la montaña!
Puras y aromosas flores,
que comprendeis los temores
de mi pecho enamorado...
¡decidme si me ha olvidado
el ángel de mis amores!
¡Mas no, que en amante giro
vagando con rumbo incierto,
aún en vuestras hojas miro
el anhelante suspiro
que ella exhaló por su Alberto! (Pausa.)
Despues de tantos rigores,
todo... todo igual está...
Árbol... casa... fuente... flores...
Los mismos son mis amores.
¿Su fe la misma será?
¡Triste, angustioso momento!...

Me devora la impaciencia
que en vano calmar intento...
¡Ay de mí si tras la ausencia
olvidó su juramento!
¡Ay si la ilusion me engaña,
y el cielo de mi ventura
triste desengaño empaña;
hoy que endulza mi amargura
el aire de la montaña! (Pausa.)
Quiero verla y aclarar...
¿Cómo llamar su atencion?
¡Ah, si no llegó á olvidar,
debe al punto recordar
los ecos de mi pasion!

(Ve la flauta que había sobre el banco, y ocultándose tras de la casa toca algunos acordes de una pastoril.)

ESCENA X.

ALBERTO, al foro, y BLANCA, que sale puerta izquierda.

BLANCA. Anton?... No le veo.
Sin duda soñaba.
¿Recuerdo divino,
por qué no te apartas
jamás de mi mente?
Mas ay, si en el alma
te llevo grabado,
¿quién de ella te arranca?
No hay nadie... (Bajando.)

ALB. (Saliendo.) Un soldado
que implora su gracia.

BLANCA. Él es!... Dios piadoso!...
¡Mi Alberto!

ALB. ¡Mi Blanca!

BLANCA. Dime que no sueño.

ALB. La suerte se apiada
por fin de nosotros.

BLANCA. Gracias, Vírgen Santa!
Benigna escuchaste
mi tierna plegaria.

¡Seis años de ausencia!

ALB. ¡Qué ausencia tan larga!
¿Y tu anciano padre?...

BLANCA. Con afán te aguarda.
¿Partirás de nuevo?

ALB. Unida se halla
al Conde del Muro
mi suerte y mi espada.
Él debe muy pronto
llegar á esta plaza,
y yo de su escolta
formé la vanguardia,
ansioso de verte,
mi dulce esperanza.

BLANCA. ¿Es cierto, bien mio?...
¿Mi afan no se engaña?
¿Tu amor no ha entibiado
la inmensa distancia?...

ALB. Yo olvidarte?... Nunca:
escúchame, Blanca.
Sediento de gloria,
de honores y fama,
partí de tu lado
á tierras lejanas,
todo el pensamiento
dejando en mi patria;
y aunque en la pelea
mi dicha cifraba,
y de la victoria
anhelé la palma;
siempre en el combate
la paz deseaba,
porque su bandera
como tú era blanca.
El clarin sonoro,
la alegre diana,
el bélico acento
de batiente caja
que en triste timbre
mil muertes presagia;
el débil lamento
que el herido exhala,

y el cañon rugiente
que ronco zumbaba,
sólo repetian
el nombre de Blanca.
En la verde alfombra,
en la estéril grama,
en la noche umbría
y en la noche clara.
En la bella aurora
de carmin y nacar,
que de blancas tocas
su frente engalana,
y en el mar inquieto
de espuma rizada,
tan sólo advertía
la imágen de Blanca.
Mira si mi lengua
mi pasion retrata:
mira si he guardado
nuestra fe jurada...
¡Mira si te quiero
con toda mi alma!

BLANCA. La dicha me vuelves
con esas palabras.
Si al pie de esas flores
consuelo buscaba
que de negra ausencia
el dolor calmára;
si á orillas del rio
de líquida plata,
vertia mi pena
en hirvientes lágrimas,
en las puras flores
y en las claras aguas,
la imágen de Alberto
tan sólo encontraba.
En la dulce brisa
que de esa montaña
con grato murmullo
al llano bajaba;
en el toque lánguido
de triste campana,

que con su tañido
la oracion señala,
y en el dulce arrullo
del ave cuitada
que amores suspira
entre verdes ramas,
el nombre de Alberto
tan solo escuchaba.
Mira si mi lengua
mi amor te retrata:
mira si á la tuya
mi pasion se iguala.
¡Mira si te quiero
con toda mi alma!

ESCENA XI.

DICHOS, ANTON, foro derecha.

ANTON. ¡Demonio! ¿aquí un militar?
¡Pero qué miro, esa cara!...
ALB. Anton! (Yendo á él.)
BLANCA. Es Alberto.
ANTON. ¡Él!
ALB. ¿Qué haces que no me abrazas?
ANTON. Si no me diera vergüenza.
ALB. Vamos... mis brazos te aguardan.
ANTON. Me da así... cierto reparo...
¡Pero si es que me lo manda,
allá voy!... (Se abrazan.)
ALB. Aprieta!
ANTON. Digo;
pues si verle deseaba
más que en el invierno al sol,
y más que en verano al agua!
Conque tú... Conque vos...
ALB. Cómo!
¿Ántes no me tuteabas?
ANTON. Toma! Ántes era ántes;
pero hoy ya con esa espada...
y ese bigote...
ALB. Aprension!

Soy el mismo:

ANTON. Vaya, vaya.
¿Ya serás cabo lo ménos?...

ALB. Soy... oficial... casi nada.

ANTON. Me alegro, porque te quiero,
y porque quiero á mi Blanca;
y como ella te quiere,
y pòr tu querer penaba,
yo quería que quisiera
el cielo volverte á casa.

ALB. Anton, por tu buen deseo
otro abrazo.

ANTON. Cómo cambia
la suerte en algunos hombres;
mas lo que es en mí, bobada.
Tan bruto soy como era...
Así lo fué toa mi casta!

ALB. Yo me encargo de tu suerte.
Tengo amigos...

ANTON. Muchas gracias,
pero no tengo ambicion...
Con mi trabajo me basta.
¡Viva Alberto!... (Tira el sombrero.)

ALB. Pobre Anton!

BLANCA. Te quiere tanto...

ANT. Anda, anda:
que venga ahora el Baron
á pretender...

BLANCA. (Por Dios, calla!) (Ap. á Anton.)

ALB. ¿El Baron?...

ANTON. Justo, ese tio...

ALB. Gobernador de la plaza.

ANTON. Gracias á eso, que si no!...
Lo que es por falta de ganas...

BLANCA. Anton... no viene mi padre...
Búscale y dile...

ANTON. En volandas
le traigo... Conque hasta luego...
¡Viva Alberto! (Vase foro derecha.)

ALB. Adios...

BLANCA. ¡Cuánta
sencillez!

ALB. Digna de aprecio
es una amistad tan franca.
Mientras vuelve con tu padre
las órdenes necesarias,
tengo que dar, pues el Conde
resignó su confianza
en mí.

BLANCA. ¿Y ese hombre esforzado,
á quién pregona la fama,
te aprecia?

ALB. Como á sí propio.
Casi nunca se separa
de mi lado... Pero, adios;
fuera mi deber me llama.

BLANCA. Adios! (Yendo con él hasta el foro.)

ALB. Adios, alma mía!
(Aún me quiere...) (Váse Alberto foro derecha.)

BLANCA. (Aún me idolatra.)

ESCENA XII.

BLANCA, á poco el BARON, foro derecha.

BLANCA. ¡Le vuelvo á ver!... Ya está aquí.
Yo que muerto le creia...
¡No; no mata la alegría
cuando no me mata á mí!
Respira ya corazon
libre de tu sufrimiento...
Ya está aquí... feliz momento.
¡Él es!... ¡Él es!... ¡El Baron!
(Al decir «Él es» se vuelve, y se encuentra con el Baron, que habrá aparecido por detrás de la verja y habrá ido bajando poco á poco.)

BARON. ¿Qué os pasa, que bruscamente
os volveis al encontrarme?...
¿No os atreveis á mirarme,
por ventura frente á frente?
Tal conducta apenas puedo
comprender, hermosa mia...
cualquiera imaginaría
que llegué á inspiraros miedo.

BLANCA. ¿Miedo?... No es miedo... es rubor
el que al veros me acompaña...
¡Las hijas de la montaña,
no saben lo que es temor!
BARON. ¡Aunque tal imperio ejerza
en tí esa loca porfía,
esta tarde has de ser mia,
si no de grado, por fuerza!
BLANCA. ¡Yo vuestra!... Baron, jamás!
BARON. Por última vez te ruego...
BLANCA. Baron, estais loco...
BARON. Y ciego
por tu amor... (Se acerca.)
BLANCA. Atrás!
BARON. ¿Atrás?
Mal has calculado el modo
de poner coto á mi amor...
No exasperes mi furor,
que con él me atrevo á todo.
BLANCA. De su vergonzoso alarde
no me asusta el golpe rudo...
¡Con la virtud por escudo,
nunca se teme á un cobarde!
¡Alberto, vuelve á mi lado!...
BARON. Á tu lado?... No lo esperes.
¿Por qué insensata prefieres
á mi amor el de un soldado?
Me sigues?... ¡Responde!
BLANCA. No!
y mil veces no! pedazos
me harán ántes!...
BARON. De mis brazos
quién podrá arrancarte?...
(Yendo hácia ella.)

ESCENA XIII.

BLANCA, BARON y ANDRÉS, que habrá oido las últimas palabras, y sale apuntando con arcabuz al Baron.

ANDRES. ¡Yo!
¡Se os ha escapado la presa!...

Mi quisisteis deshonrar,
pero ántes vais á probar
la justicia montañesa!...
(Echándose el arcabuz á la cara.)

BLANCA. Padre! (Interponiéndose.)

BARON. Tened!... (Retrocediendo.)

ANDRES. ¡Fuera necio
su impura sangre verter!...
Si no os sabeis defender...

BARON. ... Yo...

ANDRES. Vuestra vida desprecio!
(Tira el arcabuz y baja.)

BARON. Noble soy!

ANDRES. Lo habeis negado
al pretender mi deshonra...
¡Jamás atentó á la honra,
el que se precia de honrado!
¡Noble, de origen francés,
que sólo de intrigas sabe!...
¿Qué sabeis vos lo que cabe
en un pecho montañés!
¿No extiende poco sus vuelos
porque encontró en su camino
un trozo de pergamino,
desecho de sus abuelos!
Yo pobre, mísero y rudo
aspiro á más noble palma...
¡La nobleza está en el alma,
no en el brillo de un escudo!
¡Si eso es noble, vive Dios,
de tal nobleza reniego!...
¡Vale el último pasiego
veinte veces más que vos!

BARON. Me insultas?... Muy pronto aquí
temblarás de mi nobleza...

ANDRES. ¡No hay en el mundo grandeza
que me haga temblar á mí!

BARON. Pues bien; pronto volveré,
y me oirás... voto á mi alma!

ANDRES. Y yo con la misma calma
vuestra voz escucharé.

BLANCA. Por piedad. (Va á arrodillarse.)

ANDRES. Alza del suelo:
no así dobles la rodilla,
¡La virtud sólo se humilla
ante el Dios que está en el cielo!

BARON. Vuestra altivez me desdora...
¿Olvidais quién soy aquí?...
Humillaos ante mí,
y esta cruz que me decora...

ANDRES. ¡Ni á vos ni á esa cruz me humillo,
que su brillo no es bastante!...
¿Cómo quereis que me espante
de una sola cruz el brillo?
Si hubieran salido á luz
mis triunfos, hecho por hecho,
y hubieran puesto en mi pecho
por cada herida una cruz,
cual delante de un santuario
vuestro orgullo se hundiria,
pues os juro que tendria
sobre mi pecho un calvario.

BLANCA. No le oigais... (Al Baron.)

BARON. Ya sin rebozo
puedo mostrar mi fiereza...
¡Veremos si esa dureza
se ablanda en un calabozo!
(Aún soy el gobernador
de esta comarca, y bien puedo...)
Queda adios!
(Sonriendo: váse por el foro de la derecha.)

ANDRES. Si con él quedo,
desprecio vuestro furor!

ESCENA XIV.

BLANCA, ANDRÉS, y á poco ALBERTO y ANTON.

BLANCA. Se vengará, no lo dudes.

ANDRES. Sólo el cobarde se venga.

BLANCA. Tiene poder.

ANDRES. Poco tiempo
ya de su mando le resta,
El Conde del Muro hoy mismo

del gobierno le releva.
Dios me condujo sin duda
para evitar que pusiera
en práctica su amenaza.
¡Miserable!

BLANCA. Siempre acecha
la ocasion de repetirme
con inaudita insolencia
su impura pasion, y yo
nunca hablaros quise de ella,
por libraros de sus iras.

ANDRES. Mal hiciste, mas no temas.
Anton me dijo que Alberto...

BLANCA. Volvió; ¿acaso no observa
en mis ojos la alegría
que les trajo su presencia?

ANDRES. Si él supiese que el Baron...

BLANCA. No, padre, que no lo sepa.

ANDRES. ¿Cómo no viene á abrazarme?
Ya me mata la impaciencia
por verle.

BLANCA. Pronto vendrá.

ANTON. (Dentro.) ¡Aquí está!

BLANCA. Vedle; aquí llega.
(Suben al foro.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, ALBERTO y ANTON, foro izquierda.

ALB. ¡Padre! (Abrazándole.)

ANDRES. (Id.) ¡Hijo mio!

ANTON. ¡En mi vida
tuve alegría como esta!

ANDRES. Cuánto tu falta he sentido!...

ANTON. Pero sobre todo, ella!

ALB. No hay plazo que no se cumpla,
y terminó el de la ausencia.
¿Mas qué noto en sus semblantes,
que honda agitacion revelan?...
¡Vos, padre, estais tembloroso!...
¡Y tú estás como la cera!...

¿Qué sucede?...

ANTON. De seguro
que es alguna hazaña nueva
del Baron...

ALB. Cómo?... El Baron...

ANTON. Toma, toma! Buena es esa!
Si anda siempre tras de Blanca.

ALB. ¿Qué es lo que dice tu lengua?
Ese traidor á su patria,
ese hombre á quien desprecian
todos cuantos le conocen,
te persigue?...

ANTON. ¿Ya trae fecha
su prosecucion!

BLANCA. En vano
fué desatender sus quejas.

ANTON. Aquí viene con soldados!

BLANCA. ¡El!

ANDRES. ¡Cobarde!

ANTON. ¡Ya se acerca! (Al foro.)

ALB. Oculto tras de ese arbol
quiero escuchar su vileza.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, el BARON, DOS SOLDADOS y un OFI

BARON. ¡Veremos si esa bravura
de que altivo hacias gala,
toda su fiereza exhala
en una prision oscura!

BLANCA. ¡Padre!

ANTON. (Claro; si es un pillo!)

ANDRES. ¡Infame!

BARON. Insúltame ahora.
llevadle, y que sin demora
se le encierre en el castillo.

(Los Soldados y el Oficial van á obedecer, pero Alberto sale, y se interpone.)

ALB. Esperad!... Antes debemos
hablar un poco los dos.

BARON. ¡Un militar!...

ALB. Sí por Dios.
BARON. Distintos grados tenemos.
BLANCA. ¡Alberto!...
ALB. Gran diferencia
existe... ¡No sois mi igual!
BARON. Sabed, señor oficial,
que se agota mi paciencia!
ALB. Más calma; yo no me afano.
BARON. Cuando mis insignias vió,
tener al punto debió,
ese sombrero en la mano!
¡Nunca llegué á rebajarme
de mi linaje en desdoro,
ni en contra de mi decoro
con un súbdito á igualarme!
ALB. ¡Teneis razon, vive Dios!
¡Difícilmente se iguala
un militar... de antesala,
perfumado, como vos,
á un soldado que en la guerra
luchó esforzado y valiente
dando al enemigo frente...
dando su sangre á la tierra!
La música del salon
más agrada á vuestro oido
que el fiero y ronco zumbido
del mortífero cañon.
Hipócrita cortesano,
hablais del soldado en mengua,
con la mentira en la lengua
y con el guante en la mano...
¡Esforzado campeon
fuerais vos, á no dudar,
si supierais manejar
la espada cual la traicion.
BARON. ¡La traicion!
ALB. Vuestros afanes
muy mal tratais de ocultarlos;
sé que al archiduque Cárlos
defendeis con torpes planes.
¿Vos un militar?... ¡Mentira!
¡Merece otro nombre el hombre

que mancillando su nombre
contra la virtud conspira!...
¡Quien sólo sabe intrigar
de torpe ambicion guiado,
ni es español... ni es honrado...
ni noble, ni militar!

ANTON. (¡No le dió mala pedrada!...
Me alegro.)

BARON. (Suerte traidora!)
¡Yo os arresto desde ahora,
entregadme vuestra espada!

ALB. ¿Dárosla?... Delirio vano:
inútil lo considero,
que pesa mucho mi acero
para una tan débil mano!

BARON. ¡Hola! Su espada coged!...
y llevadle á la prision!

ALB. Más calma, señor Baron:
señor oficial, leed.
(El Oficial se adelanta y Alberto le dá un pliego que lee, y despues le saluda militarmente.)

OFICIAL. ¡Dispensad!... (Cuadrándose.)

ALB. No lo merece.

BLANCA. (Qué será?...)

BARON. Por qué insensato
así cumple su mandato
y mi órden no se obedece...
Temed mi enojo seguro.

OFICIAL. Yo no debo, aunque os asombre...

BARON. ¿Y por qué?... ¿Cuál es su nombre?
¿Quién sois?

ALB. ¡El Conde del Muro!
(Se desabrocha el capote enseñando faja y cruces.)

BARON. (¡Maldicion!)

TODOS. ¡El Conde!

ALB. Sí.

BARON. Pues me viene á relevar...

ALB. Ántes debeis escuchar
esta órden... (La toma del Oficial.) Dice así.
(Lee.) «Al encargaros del mando de gobernador de la plaza y castillo de Laredo, os ordeno que inmediatamente reduzcais á pri-